

Manuel Rojas: "La Oscura Vida Radiante"

Por IGNACIO VALENTE

208050.

Veinte años después de "Hijo de Ladrón", Manuel Rojas escribe esta segunda parte de su famosa novela. "La oscura vida radiante" (Edit. Sudamericana) es un relato bastante más extenso que el primero —borda el medio millar de páginas—. Toma su título de la rima traviesa de José Martí, en viaje por los espacios y los abismos: "es la oscura / vida radiante / y a mis ojos los ángeles / son nidos de ángeles." Es segunda parte por un doble concepto: porque es continuación de la historia del mismo personaje, Aniceto Hueva (si bien puede leerse en forma independiente); y también —en sentido valorativo— por aquellas segundas partes que nunca fueron buenas. Pues esta continuación, no obstante su volumen y su mayor retórica —y quizá por ello mismo— está por debajo de la sobria y densa narración que hiciera de Manuel Rojas nuestro primer novelista.

Las andanzas del pequeño hijo de ladrón, aboca un hombre joven, transcurren entre vagabundos, cesantes, hambrientos que erran por el territorio nacional, envueltos en la subcultura de la miseria, concentrados en la ardua tarea de subsistir, empujados de un lugar a otro por una oscura razón que el narrador, con frecuencia sentencioso y filosófico, se representa así: "nacen miles todos los días y buscan a ciegas su camino, mueren, viven, hambreados, sin poder pensar en nada que no sea comer y abrigarse, robar, vagar, ¿para qué y por qué?, no había respuesta para eso, así era y así sería hasta quien sabe cuándo..."

Así son estos personajes: comunes, borrachos, antihéroicos, llamados precisamente en la anónima miseria de su condición. Apenas hay un dibujo de caracteres o psicologías individuales: la simple exterioridad de las fisonomías y de los sucesos se enlaza directamente a las reflexiones generales del narrador sobre el sentido de la vida, o su falta de sentido; no existe la meditación de personajes definidos, de singularidades, de destinos personales, que parecen un lujo extraño en el mundo del hambre, del alcohol, de la intemperie.

La acción se ubica por los años veinte. La vida errante de Aniceto y sus colegas es contada en tercera persona, a diferencia de la primera de "Hijo de Ladrón". Es una vida casi vegetal, que se desliza entre conventillos, "ollas del pobre" —son los días de la cesantía del salitre— y ambientes anarquistas, descritos en un tono entre picaresco y ejemplar, entre divertido y moralizante. El marcado énfasis vegetativo —comer y abrigarse, comer y abrigarse— se frenza al contenido político de las primeras efervescencias sociales, todavía románticas, de un mundo de despojos que empezaban a cobrar conciencia de su situación. Después de una gira como apañador en una modesta compañía de teatro, viene para Aniceto el trabajo en una imprenta, que lo

relaciona con los sucesos políticos de la época, materia de frecuentes incursiones y considerandos del narrador, que por cierto toma partido, ya directamente, ya por boca de sus personajes, denunciando la farsa cívica del momento.

En cuanto al lenguaje narrativo, pienso que Manuel Rojas ha sido influido —para mal— por la novela al uso en los últimos años y por su presunta espontaneidad verbal. Estaba mejor en su prosa ordenada, desenvuelta pero orgánica, adrede inconexa a ratos y múltiple de planos o puntos de vista, pero siempre bajo control. Ahora el autor, siendo más lírico de argumento y más monomórfico de estructura, es más confuso de lenguaje. Se ha entregado a ratos y a esa prosa fluvial, líquida, que funde diálogos y pensamientos y descripciones en un mismo torrente, en una circularidad caótica que se deja llevar por enlaces fortuitos, por asociaciones merced, por lo que sale al paso. Y esto sin decisión: no por el imperativo poético que lleva a otros a escribir así, en un acto lírico de libertad verbal, sino con vacilación, sin que se vea una ley para este contrapunto de concentración y dispersión narrativa.

Por cierto que Manuel Rojas es siempre Manuel Rojas y el relato contiene momentos felices, historias vivas, reflexiones penetrantes, y sobre todo una inintermitente inspiración anecdótica que viene de la vida vivida, no del laboratorio verbal. Pero, en general, la novela se le escapa, aun dentro de la sencillez de su esquema narrativo. La anécdota adquiere una vida propia que persigue todo diseño unitario: llega sin orden, sin intención arredora, se estira y multiplica con una libertad que se parece mucho a la falta de rigor. "La oscura vida radiante" es una novela sin construcción, donde las secuencias se superponen por simple acumulación lineal; el conjunto es inorgánico, desparatado. El suspense es escaso. Y, desde luego, el volumen de la novela es desproporcionado con respecto a la débil intensidad y aun extensión de su mundo íntegro.

"Hijo de Ladrón" es uno de los puntos más altos de la narrativa chilena, que posiblemente no ha sido superado en los últimos veinte años. La presente novela, por cierto, no es una superación, y tampoco una repetición. Estricta, hablando en general, el mismo tipo de valor expresivo y formal que aquella, análogos caracteres, parecido lenguaje; pero ya sin la misma intensidad ni concentración creadora, en un grado disperso y desvanecido que la hace ser justamente una "segunda parte", dependiente y desprovista de valor autónomo. No se puede atribuir a esta nueva obra sino el valor de una réplica menor de aquella, menor actual a pesar de estar escrita veinte años después.

El Mercurio, Sto. 26-III-1972, p. 5.

Manuel Rojas: "la oscura vida radiante" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Rojas: "la oscura vida radiante" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa